

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 16 de Junio de 1898

Núm. 395



— ¡ A cualquier hora son valientes unos hombres que se emborrachan con whisky! ¡ Si probaran la manzanilla!

— No es vino para las bellotas.





## Los yankees contra Cartago <sup>1)</sup>

La destrucción de  
Cartago por el  
comodoro Esci-  
pion.

Cartago era un pueblo pacífico, que no se metía con nadie, y pasaba tranquilamente su existencia adorando á Saturno, á la Luna y al Sol, y gobernando más ó menos bien sus colonias; que esto maldito si importa consignarlo. Roma, estaba á punto de ser la señora del mundo. Hacían correrías sus ejércitos y robaban á mansalva sus cónsules, á quienes, luego, levantaban arcos de triunfo.

Por la época á que nos referimos, según consta en los documentos de donde sacamos los datos para este artículo, la isla de Cerdeña pertenecía á Cartago. Ahitos los habitantes de la isla de los desafueros cometidos por los gobernadores que padecían, levantáronse en armas contra la me-

— Creo que para resistir á los yankees seríamos nosotras buenas artilleras.

trópoli. Ésta mandó un cuerpo de ejército considerable, á sofocar la rebelión, pero los insurrectos, negros en su mayoría, internáronse en la manigua, y tuvieron en perpetuo jaque á los soldados de Cartago. Aquí te quiero, escopeta. Venga mandar expediciones y más expediciones, venga decretar quintas y más quintas, la insurrección no llevaba trazas de acabarse, y codiciosa Roma, y pensando que podía anexionar fácilmente á sus estados la isla de Cerdeña, lo primero que hizo fué reconocer la beligerancia á los rebeldes. ¡Menudo clamoreo se armó en Cartago! Organizáronse manifestaciones patrióticas, los periódicos se desataron en denuestos contra los romanos, y el pueblo pedía á voces la guerra.

Por entonces ocurrió un suceso que no se consigna en ninguna crónica, y que, no obstante, merece apuntarse en esta reseña. Los romanos, para hacer un alarde de su poderío naval, mandaron el acorazado *Maine* al puerto de Cartago, y un día, ¡pum! ¡pum! ¡pum! partióse por gala en dos, y su tripulación voló por los aires.

Irritáronse grandemente los romanos, y aunque los cartagineses protestaron de ser inocentes de tal suceso, todo el mundo creía inminente la ruptura de las hostilidades. El embajador de Car-

<sup>1)</sup> Filosofía de la historia.



tago en Roma, pidió sus pasaportes, dimitieron los cónsules de ambos países, y por último, en el Senado romano Mac-Kinley, iracundo y soberbio, rasgó sus vestiduras, y tendiendo la diestra, exclamó con voz solemne: «*Dhelenda Cartago*» y el Senado repitió á coro: «*Dhelenda*». Declaróse la guerra á la nación rival, y encargóse del mando de la escuadra que debía operar sobre el enemigo al comodoro Escipión, joven de gran aprovechamiento y contrario acérrimo de los cartagineses. Cuentan las crónicas que Escipión alistó en un periquete su escuadra, y se hizo á la mar en un hermoso día de primavera. La flota de Escipión se componía de los buques siguientes: acorazado de primera *Rómulo*, de 12,000 toneladas y 35 cañones, que enarbolaba la insignia almirante; cruceros protegidos: *Marco Julio*, *Numa Pompilio*, *Roca Tarpeya*, *Dios Baco* y *Tarquino*; nueve *destroyers* y diez buques auxiliares, que conducían carbón para las máquinas y víveres para los ejércitos expedicionarios.

La travesía fué feliz, y la escuadra romana llegó al puerto de Cartago, que estaba defendido con torpedos submarinos. Escipión mandó al crucero *Tarquino* que franquease la línea enemiga; hizolo así el buque, estalló un torpedo, y echó á pique el crucero, con gran contentamiento de los cartagineses, que celebraron esta victoria, haciendo deliciosas libaciones y ofreciendo sacrificios en los altares de sus dioses. Pero he aquí que Escipión se enfurece, y después de haber tomado café y fumado un exquisito habano, manda formar sus buques en línea de batalla, y á éste quiero, y al otro no quiero, en pocas horas, á pesar de los certeros disparos de la artillería cartaginesa, destruyó la ciudad, no dejando piedra sobre piedra.

Tal es la versión fidedigna de la destrucción de Cartago, que ha llegado hasta nosotros. Los romanos, en los momentos más culminantes de la pelea, daban grandes alaridos, diciendo: «*Acordaos del Maine*»...

ALTAMIRA



CIRCO ECUESTRE. — Mlle. Celia Zampa





## La Edad Media

Con la destrucción del imperio de Roma y la irrupción de los bárbaros, da comienzo el período más obscuro de la historia de Europa, el período más ininteligible y confuso para las investigaciones del filósofo, el período de la Edad Media. Presenta aspectos tan variados, que según bajo el prisma que se la considere, es una época altamente religiosa, donde tienen asiento las grandes virtudes y los sentimientos sublimes, ó presenta todos los caracteres de una edad bárbara, lodazal inmundo en que viven y se agitan abominables vicios y se engendran bastardas pasiones. Si se la examina en conjunto, tiene un carácter determinado, una tendencia fija, un fin hacia el que marcha indefectiblemente; estudiada en detalle, apenas hay un hecho de importancia y que no sea contradictorio. Fueron las cruzadas, uno de los sucesos capitales de la época, y las cruzadas llevaron consigo á la par que una exaltación ferviente del espíritu religioso, una serie interminable de crímenes odiosos y de impurezas.

La Edad Media, asesta certero golpe de muerte á las ciencias y á las artes, que yacen sumidas en las más profundas tinieblas durante esa larga noche, y al mismo tiempo, levanta monumentos gigantescos, que aún hoy son admirados con respeto y veneración. Abole la esclavitud y crea los siervos; destruye el poder de los Césares é inventa el despotismo monárquico; predica el evangelio y extermina con saña impía á los que no profesan la religión de Cristo. La plebe sostiene la monarquía; la monarquía la aristocracia, y los reyes se alían con el pueblo para combatir el influjo de los nobles, y éstos protegen á los monarcas para evitar los desmanes de los plebeyos.

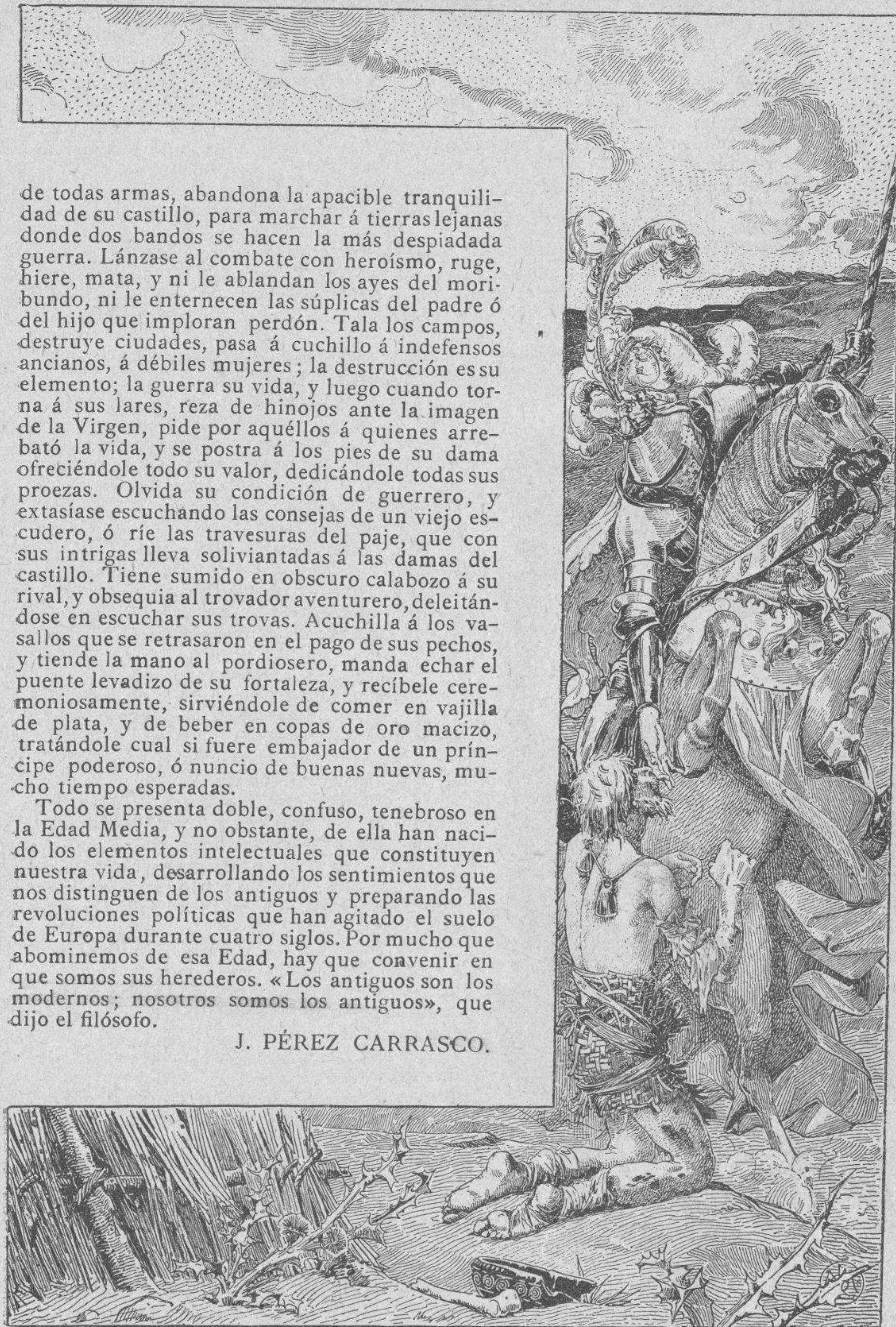
Hasta las costumbres presentan en esta Edad su anverso y su reverso, dulce y poético el uno, fiero y salvaje el otro. El joven caballero, armado



de todas armas, abandona la apacible tranquilidad de su castillo, para marchar á tierras lejanas donde dos bandos se hacen la más despiadada guerra. Lánzase al combate con heroísmo, ruge, hiere, mata, y ni le ablandan los ayes del moribundo, ni le enternecen las súplicas del padre ó del hijo que imploran perdón. Tala los campos, destruye ciudades, pasa á cuchillo á indefensos ancianos, á débiles mujeres; la destrucción es su elemento; la guerra su vida, y luego cuando torna á sus lares, reza de hinojos ante la imagen de la Virgen, pide por aquéllos á quienes arrebató la vida, y se postra á los pies de su dama ofreciéndole todo su valor, dedicándole todas sus proezas. Olvida su condición de guerrero, y extasiase escuchando las consejas de un viejo escudero, ó ríe las travesuras del paje, que con sus intrigas lleva soliviantadas á las damas del castillo. Tiene sumido en obscuro calabozo á su rival, y obsequia al trovador aventurero, deleitándose en escuchar sus trovas. Acuchilla á los vasallos que se retrasaron en el pago de sus pechos, y tiende la mano al pordiosero, manda echar el puente levadizo de su fortaleza, y recíbele ceremoniosamente, sirviéndole de comer en vajilla de plata, y de beber en copas de oro macizo, tratándole cual si fuere embajador de un príncipe poderoso, ó nuncio de buenas nuevas, mucho tiempo esperadas.

Todo se presenta doble, confuso, tenebroso en la Edad Media, y no obstante, de ella han nacido los elementos intelectuales que constituyen nuestra vida, desarrollando los sentimientos que nos distinguen de los antiguos y preparando las revoluciones políticas que han agitado el suelo de Europa durante cuatro siglos. Por mucho que abominemos de esa Edad, hay que convenir en que somos sus herederos. «Los antiguos son los modernos; nosotros somos los antiguos», que dijo el filósofo.

J. PÉREZ CARRASCO.





## Definición

Salía yo, en cierta noche del café, y aceleraba el paso para llegar á mi casa en breves minutos; iba muy preocupado buscando la definición de una palabra en extremo vulgar.

En el interior de mi bolsillo acariciaba y daba vueltas á la llave del estante que encierra mi diccionario; hablo de un diccionario enciclopédico, que consta de infinidad de colosales volúmenes, y que logré adquirir después de algunos años de constante y fastidiosa suscripción.

Aquella noche había sido para mí noche de impresiones; pero ¡ay! de impresiones bien dolorosas. Una de esas noches cuyo recuerdo no parece más que con la razón y cuyas trascendencias son fatales.

¿Sabéis lo que creaba estas trascendencias, y hacía imperecedero aquel recuerdo? — Una sonrisa. Sí, una simple sonrisa.

Pero, señor — decíame yo, trepando, cerilla en mano, por los ciento veinte escalones que me colocan en *elevadísima* posición — ¿cuál será el verdadero significado de una sonrisa, cuál su papel entre nosotros?

A esta interrogación sólo me respondía un hecho; yo acababa de observar una sonrisa de funestos resultados.

Ya en mi cuarto, enciendo una bujía, y sin dejar el sombrero, sin quitarme el abrigo, me precipito al despacho, cojo uno de los volúmenes de mi obra y, «vamos á ver — exclamo con el tono de la más completa seguridad — vamos á ver qué dice mi diccionario.»

Mis dedos, atormentados por el frío de Marzo, pasaban con rapidez pasmosa las hojas del tomo en cuestión; pero en vano hallé las raíces *Sonr*, en vano busqué lo que anhelaba: mi diccionario no podía satisfacerme.

*Sonrisa.* — La acción de sonreír.

*Sonreír.* — Reír levemente.

*Reír.* — Expresar con ciertos gestos los sentimientos de regocijo, sarcasmo, desprecio. Clemente I reía cuando... Dícese que D. Rodrigo reía al ver...

Nó, nada de esto busco yo. La manifestación de una alegría, de una burla, aun de un desprecio, no me hubiera herido así.

¡Ah! Esa sociedad de señores académicos y literatos, que yo tanto respeto, ¿por qué no definió la sonrisa en sus diversas especies?

No hay más — decía yo, en contacto con mi almohada — entremos de lleno en la cuestión; conozco los efectos, conozco la causa; ¿por qué ha de serme difícil definir esta causa misma?

Yo no conseguía hallar la definición que buscaba, y senté plaza de orate al pretender ser filósofo. Si el sueño, con su benéfico influjo, no me hubiera favorecido, yo solito emprendo la marcha á Leganés en aquellos momentos.

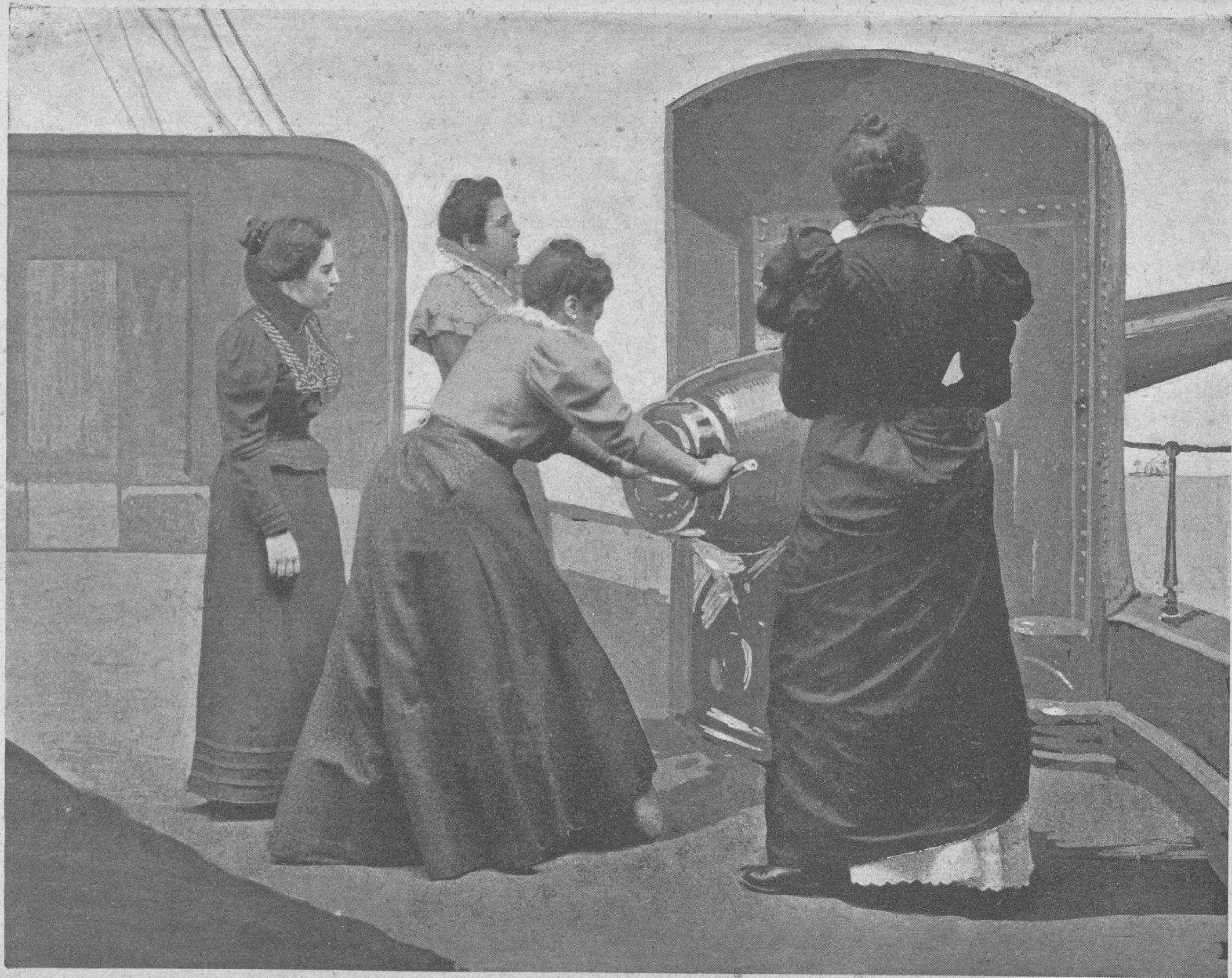
Afortunadamente, al levantarme me encontré con la visita de un amigo; le planteé la cuestión y os transcribo su respuesta, que resulta curiosa.

«Es una temeridad, amigo mío, buscar la definición de aquello que no hiere á nuestro cerebro, y sí á nuestro sentimiento. Si la sonrisa la ves con indiferencia, tendrá para tí la importancia de un acto



Leyendo: — «Augustí se ha encerrado en Manila...»  
«Martínez Campos pide que se aumente la guarnición de Madrid.»





La Saeta





D. AURELIANO AUÑÓN  
Ministro de Marina



D. PASCUAL CERVERA  
Jefe de la escuadra del Atlántico

físico cualquiera; mas si como anoche te llega al corazón, tú verás siempre en ella el sentimiento que domina al alma de que se escapa, ó la hipocresía que la elige por disfraz.»

Ya os veo sonreír; después de oír á mi amigo, comprendo vuestra sonrisa. ¿Verdad que con ella me compadecéis por haber escrito estos renglones?

ANTONIO AGUILAR.

---

### T r i n i t a r i a s

Lloraba mi madrecita  
porque me encontraba enfermo,  
me cuidaba con cariño  
y me llenaba de besos...  
Y me llenaba de besos  
mi pobre madre querida...  
¡Y se murió estando sola  
sin recibir mis caricias...

Pon tu hermosa cabellera  
bien cerquita de mi pecho  
y que tus cabellos sirvan  
para tapar á mi cuerpo.  
Para tapar á mi cuerpo  
cual si fuera la mortaja,  
y mírame con cariño  
como mi madre adorada.

MORENO.





D. PATRICIO MONTOJO Y PASARON  
Contralmirante, jefe de la Escuadra de Filipinas



D. MANUEL DE LA CÁMARA Y LIVERMOORE  
Contralmirante, jefe de la escuadra de reserva

---

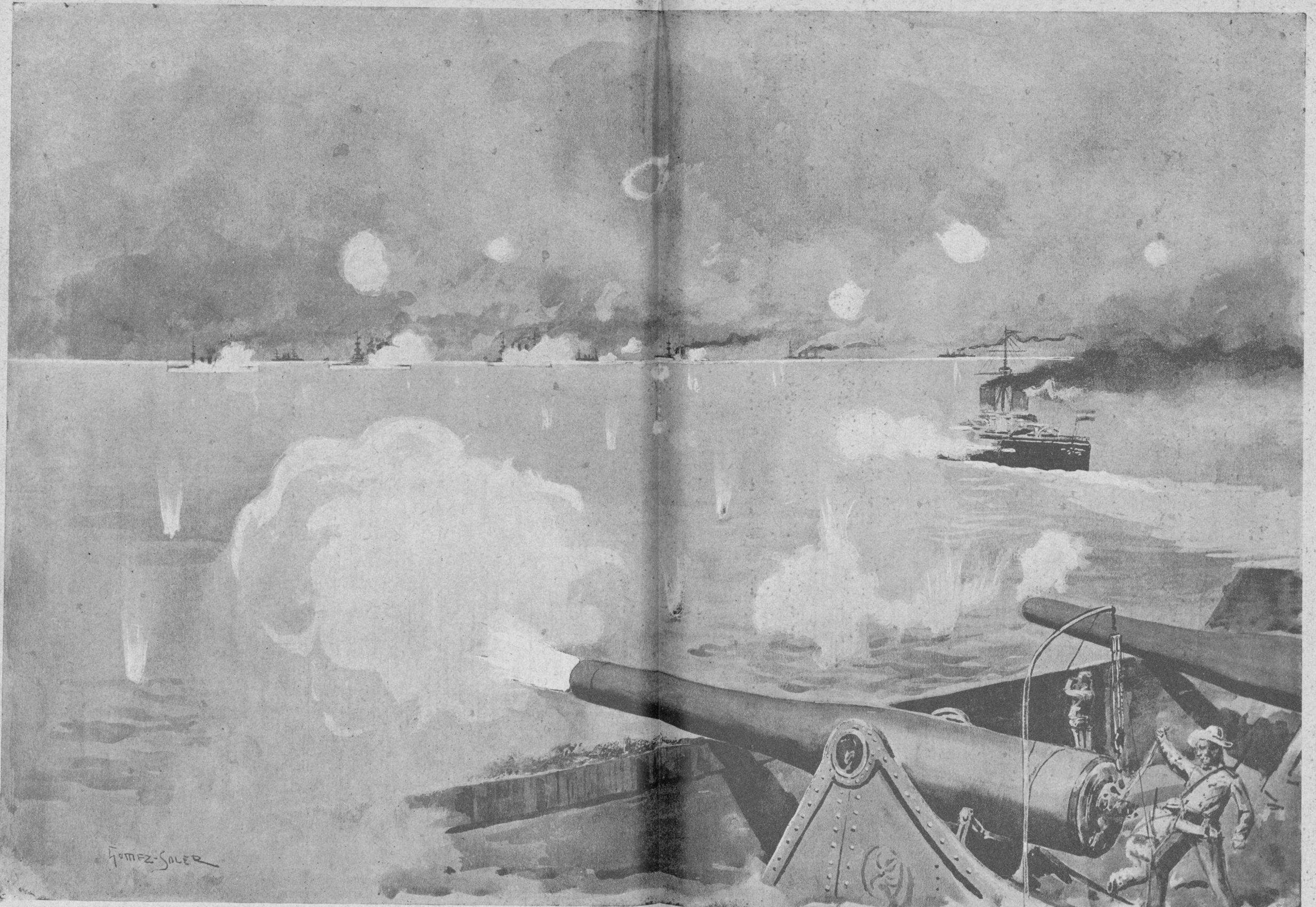
## Ladrón

Cuando el vizconde de Rocastruz salió de la aristocrática timba en donde acababa de pasar seis horas junto al tapete verde, engolfado en una serie de partidas de bacarrat, el día clareaba. En el cielo, de un matiz azul grisáceo, titilaba todavía con pálido reflejo la última estrella de la noche, y la parte alta de los edificios revestíase ya de suaves toques, en tanto la parte baja permanecía envuelta en la obscuridad.

Levantó el vizconde el cuello de su *pardesús* para resguardarse de la fresquísima brisa matutina y echó á andar con las manos en el bolsillo, entregado á todas las amargas meditaciones que puede sugerir á un jugador infortunado el amanecer de un plácido día de primavera.

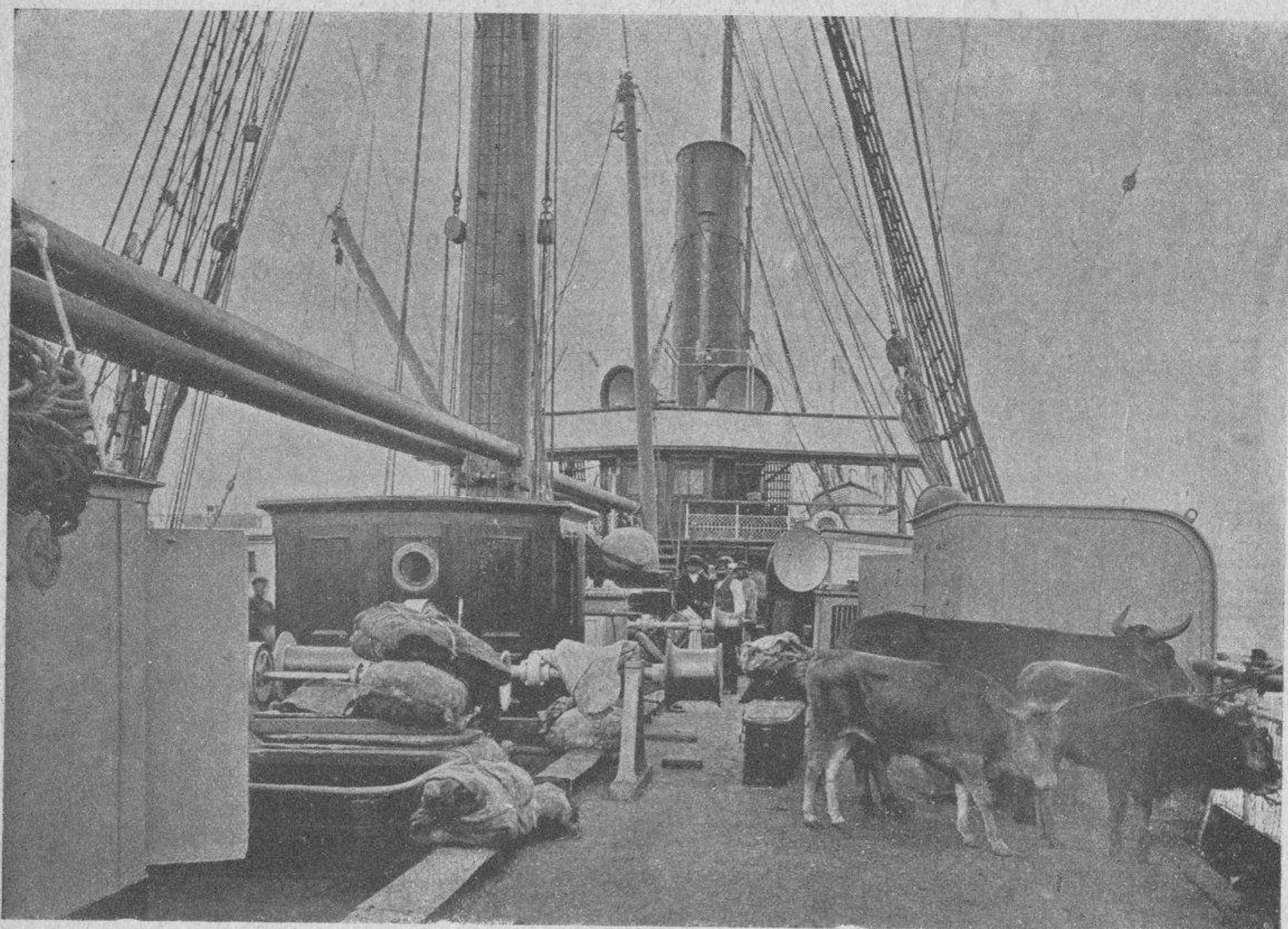
« Ya no me queda nada... — pensó el aristócrata. — Las quince mil pesetas, producto de la última hipoteca, han volado todas. De mi pasada opulencia, ni miserables restos guardo siquiera... como no sea el elegante traje que cubre todavía los huesos del más trocado de los nobles españoles. A estas horas me encuentro en una situación más apurada que la de cualquiera de esos madrugadores obreros que cruzan con rápido paso junto á mí, dirigiéndose á sus talleres. Sí, más apurado... al menos esos tienen un oficio; saben ganarse el pan cotidiano con el trabajo de sus manos, mientras que yo, no sirvo ni para conquistarme un mendrugo. Para gastar en pocos años un fortunón magnífico... me pinto solo; pero para ganar, trabajando, ni una mísera peseta no sirvo. No sabría como empezar... y si no me dan un empleo, un empleo de esos en que el empleado no tiene otra cosa que hacer que percibir el sueldo, no sé como me las compondré para vivir...





La escuadra norteamericana rechazada por los fuertes de Santiago de Cuba y por el *Cristóbal Colón*





¡Cubierta del trasatlántico *Montserrat*

« ¡ Y pensar que seis años atrás contaba con doce mil duros de renta ! — murmuró con rabia — ¡ Doce mil duros !... Y sólidos... bien saneados... Fincas rústicas de primer orden; fincas urbanas de infalible rendimiento; valores públicos extranjeros de esos que no fluctúan... ¡ Imbécil !... ¡ mil veces imbécil !.. hubiese podido vivir tranquilo, dichoso, satisfaciendo todos mis gustos, todos mis caprichos, llevar una existencia lujosa, sin inquietudes, sin azares, y ahora me veo arruinado, sin un duro en el bolsillo, agobiado de deudas y todo por esa estúpida y maldita afición á la baraja. ¡ Cómo si tuviese necesidad de jugar el hombre que dispone de sesenta mil pesetas de renta ! Que jueguen ciertos tipos como Ricardito Pérez ó como Paco Rocio que no tuvieron nunca una posición social, ni más medios de vivir que el rey de copas ó la sota de bastos, enhorabuena... Además que ya están acostumbrados ellos desde tiempo inmemorial, yo creo que desde que nacieron, á esa existencia de trampas y de sablazos y de continuos vaivenes... ¡ Pero yo !.. ¿ Por qué había de entregarme á esa pasión estúpida ?... ¡ Cómo si no hubiese al alcance del hombre rico otras pasiones menos imbéciles y menos ruinosas... !

« ¿ Qué hago yo ahora ?... ¿ Qué recurso me queda ?... — continuaba diciéndose el vizconde cada vez más furioso y desesperado, andando maquinalmente, sin saber á donde sus pies le llevaban. — No sólo no tengo dinero, sino que no sé de donde sacar todo lo que debo á un lado y á otro. Estoy en un callejón sin salida, metido en el agua hasta el cuello, hundiéndome á cada paso que doy y sin saber nadar... »

Esta idea metafórica le sugirió inmediatamente otra análoga: la de echarse realmente al agua ó... lo que sería aún mejor, la de pegarse un tiro. El de Rocastruz se detuvo un momento para ahondar en su cerebro ese proyecto que le pareció, en principio, excelente y propio como ninguno para solucionar el difícil problema de su vida. La idea era de verdad buena, buenísima : el vizconde que había ariesgado su pellejo en un par de duelos, creyó que no había razón alguna que se opusiera á la realización de un pensamiento tan sencillo, tan práctico, tan radical.

— Me mataré... — exclamó echando á andar de nuevo y con el ánimo más tranquilo ya por ver un remedio tan seguro como proporcionado á sus apuros.



Pero luego, al echar una mirada en torno suyo, al contemplar el espectáculo siempre encantador que ofrece el despertar de un nuevo día, cuando el sol lo cubre todo de dorados reflejos y la vida humana, desperezándose, llena las calles de animación y de bullicio, el vizconde pensó que, con todo y ser la muerte un remedio infalible, es también un remedio muy feo: esas resoluciones, dijo para su capote, hay que madurarlas debidamente. No conviene precipitarse porque ¿quién sabe?.. á veces, en el momento menos pensado, encuentra uno el áncora de salvación. Y por otra parte...

Iba Rocastruz á continuar su soliloquio cuando un choque violento le hizo dar un traspies, en el momento de doblar una esquina. El choque lo había producido un individuo que corría disparado y que balbuceando jadeante un «dispense usted» siguió su carrera y concluyó por precipitarse como una bala de cañón en el interior de la estación férrea que había al extremo de la calle por donde andaba el vizconde.

—¡Animal!.. ¡Avestruz!.. — clamó éste encolerizado. — así te rompieras el...

Interrumpióse en la declaración de su anatema para lanzar una mirada de curiosidad sobre un objeto que había á dos pasos, en medio de la calle: una gruesa cartera de piel que recogió y se puso á investigar con manos febriles.

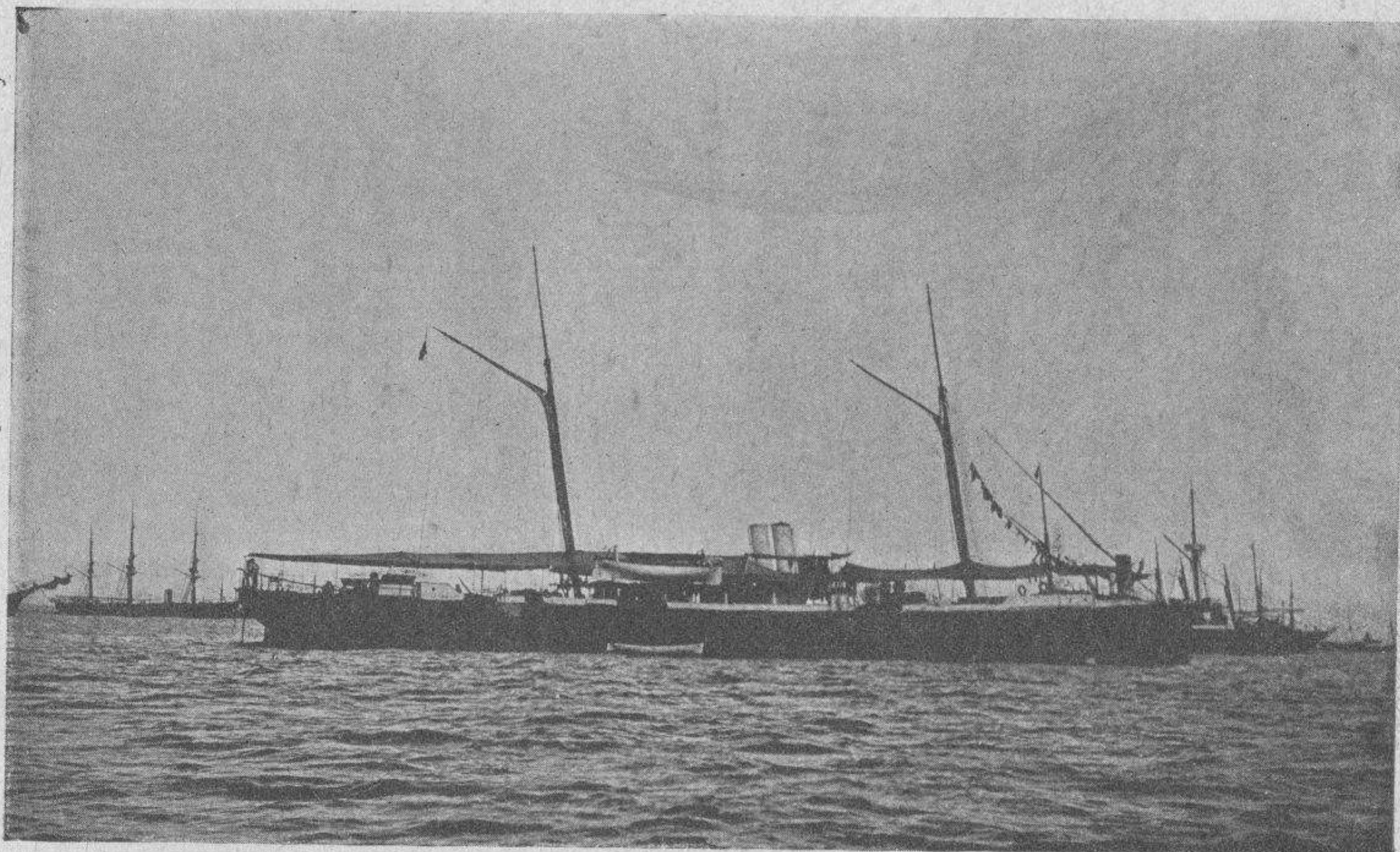
— Se le habrá caído sin duda á ese pobre diablo, que por poco me echa al suelo. ¡Pobre diablo!.. no tal... ¡cáscaras! una, dos, tres, tres mil quinientas pesetas...

Púsose la cartera en el bolsillo y casi en el mismo instante vió asomar por la puerta de la estación la facha del individuo que dos minutos antes había tropezado con él. Tenía el rostro demudado, y con vista azorada examinaba ansiosamente el arroyo y las aceras.

— Caballero, usted perdone... — dijo con voz balbuciente acercándose á Rocastruz — ¿no habría usted visto por casualidad una cartera que se me ha caído?

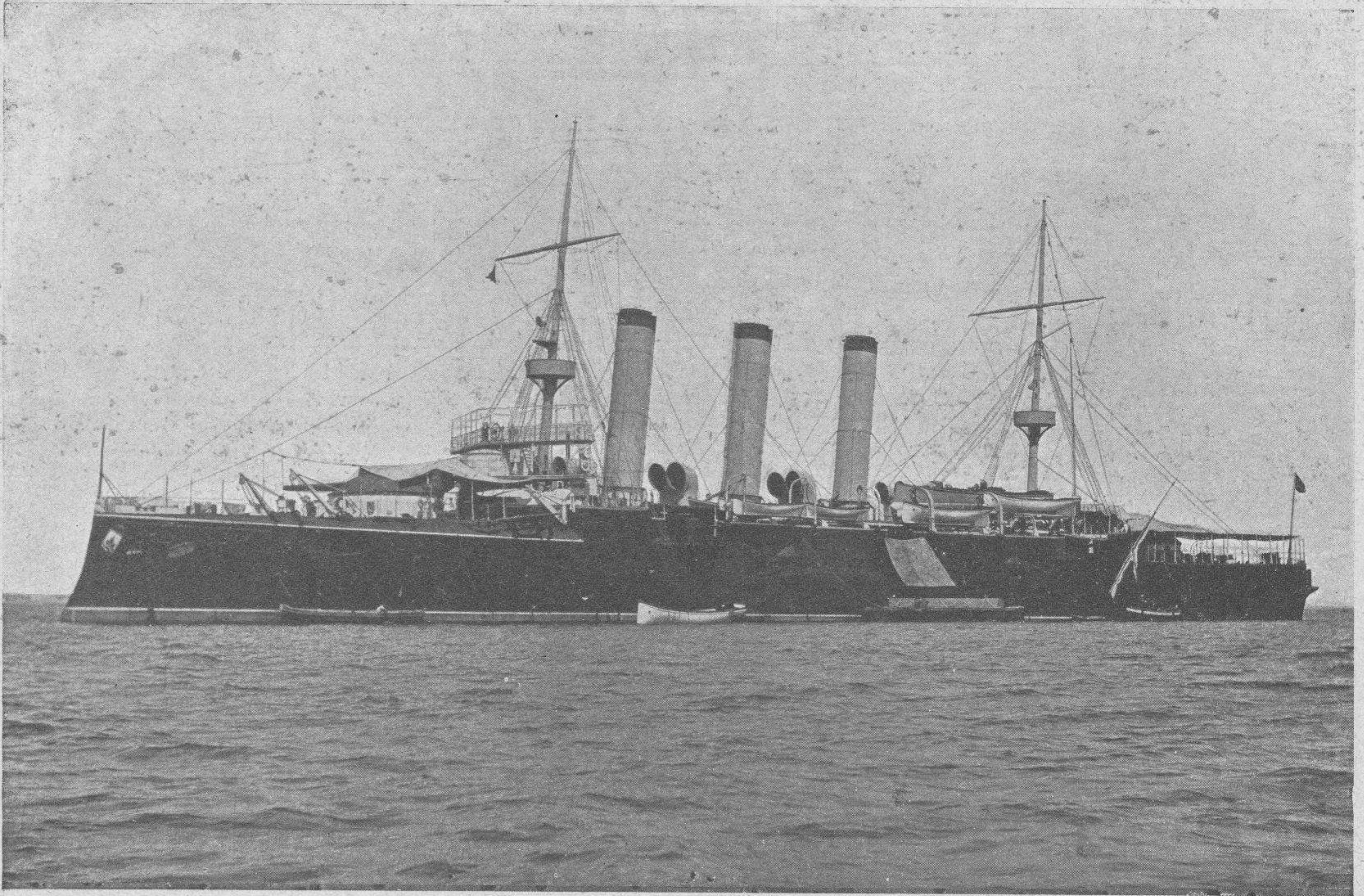
Y entonces, el joven descendiente de una raza de próceres en que el honor y la lealtad habían sido durante tres siglos escrupulosamente guardados; de una raza que había dado guerreros, prelados y diplomáticos llevando hasta la exageración la delicadeza y la integridad... entonces el noble vizconde de Rocastruz, hizo un gesto negativo, porque sus labios temblorosos le habrían vendido, y prosiguió su camino.

JUAN BUSCON.



Cañonero Temerario





Acorazado *Carlos V*, buque almirante de la escuadra de reserva



## El cabo Napoleón

A las ocho de la mañana avisaron apresuradamente al cabo Napoleón para que se presentase á relevar en la Tercera á un compañero... ¡vaya con la infirmitad! ¡y él, que se creía libre de todo servicio, y había echado sus cálculos para celebrar dignamente aquel día memorable en los fastos de su historial Tan memorable: como que era una rareza el verse libre y descansado después de un arresto de dos meses que logró tenerle entumecido en el cuchitril del cuerpo de guardia. Por ello, proyectaba correr una *juerga*, en casa del Patojo, y jalearse á la hija de su patrona (y aun darle un estrecho abrazo en las barbas de la maldita bruja), y armar camorra en la mesa de juego de *Narices*, y concluir la jornada durmiendo por la noche en cierto nido recatado donde él solía descansar de las fatigas y penalidades de su profesión. ¡Pues y su venganza! Quería demostrar al mocoso del furriel, y al bruto del sargento, y al mandria del oficial, que le hacían poca miella los arrestos: aquella tarde misma faltaría á la lista; le echarían de menos á la retreta, y á la mañana siguiente se presentaría con el mayor desparpajo en su brigada, aunque estaba seguro de pasarse otro mes más en el calabozo, contando las vigas de la techumbre y viendo pacientemente á las arañas tejer sus telas en los ángulos de aquel desván destartado y húmedo...

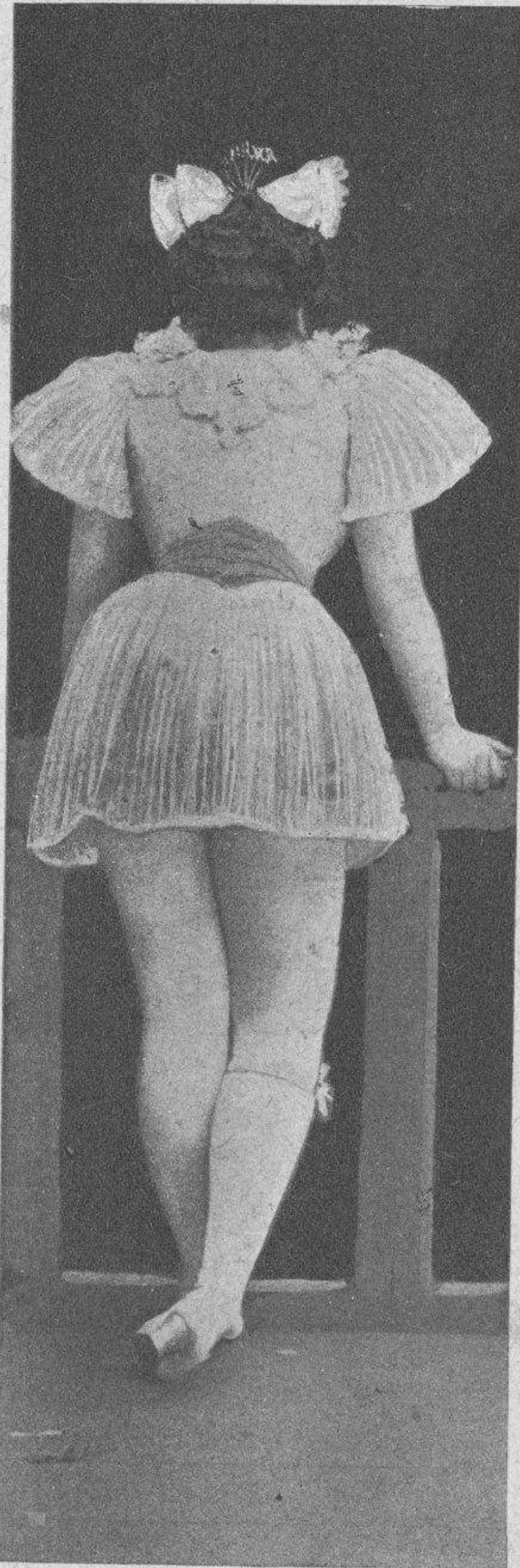
El cabo Napoleón echó media docena de tacos, capaces de asustar á un carretero, ciñóse las correas, mandó que le cargasen la mochila sobre la nervuda espalda, repartiéndole un par de pescozones al quinto que halló á mano, subió el fusil al hombro y salió del cuartel tarareando un aire de su tierra y como alma que lleva el demonio, sin dignarse terciar el arma al paso del oficial de prevención, que se le quedó mirando atónito y descompuerto... y el cual no le detuvo en aquel instante por antojárselo que iba en comisión urgente del servicio...

Cosa de diez minutos escasos echó para llegar á la Tercera; encaróse en seguida con el cabo Toston, á ver si no era lo de fingirse enfermo por malograrse el gusto á él, que lo tenía de mieles, y concluída la andanada de juros y deprecaciones que le vino en boca, mandó á tomar viento. Faltóle des-

pues el tiempo para reunir la guardia y gritar con voz de trueno: Muchachos, aquí mando yo, porque yo soy el comandante, el jefe, la efigie del rey, ¿estamos?... no hay más que hablar: al que se me insubordine y se me suba á las barbas le salto la tapa de los sesos. — Y añadió dirigiéndose á un individuo que se dormía sobre los zancajos, de puro torpe:

—Oye tú, narizotas, que no parece si no que te has montado la proa de la *Numanacia* en el rostro; coge estos maravedises y tráete de la botica de la vera media libra de aguardiente, ó una, ó lo que te quiera dar el ladrón del tabernero...—y cuenta con que á aquellas horas, y como adelanto hecho á la zambra que creía gozar por la tarde, llevaba ya el bendito del Cabo el cuerpo alumbrado con una docena de copas de *bala rasa*...

Napoleón, este Napoleón averiado, que no se parecía al *Grande* ni al *Chico* del Imperio, era el tipo más original que pudo toparse nunca en las milicias de S. M. el Rey de España: no se sabía cómo ni por qué se hallaba en ellas, aunque sí que las odiaba con odio irconciliable; tampoco se podía explicar nadie la razón del mote, que había ido *convirtiendo en propio* la costumbre de prodigárselo: hasta el punto que la casi totalidad del regimiento no lo conociese ni lo tratase de otra manera, sino que se le tenía por tal Napoleón; y lo más particular del caso es que, sin embargo de lo del odio, no se resolvía nunca á tomar la licencia; aunque bien puede decirse que las deudas y lo flojo de su cabeza le tenían forzado á permanecer en filas. Frisaba ya con los treinta, y á cuantos solían extrañarse de la inferioridad de sus galones, viéndole tan machucho, explicábaseles afablemente que las postergaciones le tenían en aquel relativo atraso. Era lo que él decía: que no por ser soldado había perdido su vergüenza y su dignidad de hombre. Toda su satisfacción la cifraba en tenérselas tiesas á aquellos señores oficiales *raídos por las deudas é inflados del orgullo*; frase textual. Y tal y tan formidable popularidad había cobrado en el regimiento, que la mayor parte de las faltas, ó pasaban sin corrección ó la merecían relativamente leve; porque desde el Alférez rusticote, á pesar de su flamante estrella, hasta el Coronel regalón y mujeriego, le-



El mejor número del programa

dos del orgullo; frase textual. Y tal y tan formidable popularidad había cobrado en el regimiento, que la mayor parte de las faltas, ó pasaban sin corrección ó la merecían relativamente leve; porque desde el Alférez rusticote, á pesar de su flamante estrella, hasta el Coronel regalón y mujeriego, le-



habían cobrado cierto supersticioso temor, si así puede llamarse, por creerle incapaz de conservarse en los límites del respeto, y muy susceptible, por lo contrario de cualquier taimada felonía.

No por esto faltaban á alguno de los jefes deseos de atarle corto, mandándole a concluir dignamente su carrera en cualquier encierro militar; pero el maldito no daba pie para tanto, con todo y sentarle tan estrechas las costuras á la *Ordenanza*, y no era posible hacerlo á tontas y á locas, sin cometer irremediable injusticia... A mayor abundamiento, Napoleón era un gallardo mozo, fornido, varonil, de faz atezada, de largos bigotes negros, de ojos abiertos y expresivos, de facciones francas, de palabra graciosa y corriente, y hombre, en fin, de mundo como suele llamarse en nuestra sociedad á los pillos con fortuna, y se susurraba si era ó no extraño á ciertas picardigüelas y aventuras de una muy elegante y encopetada señora de la población que tenía buena mano entre los poderosos...

Poco más de las cuatro de la tarde señalaba Santa María, cuando en la Tercena teníanse que relevar las guardias sin la intervención del cabo. Napoleón, caído de bruces sobre la falda de una robusta zagalona, dormía aletargado por el alcohol, después de haberse entregado desafortunadamente á los excesos de una silenciosa orgía. No, su proyecto no había de malograrse del todo: ya que no pudo ser en casa del Pantojo, que fuese en la Tercena; el hallarse de guardia no era obstáculo de monta; ¡bonito estaba él para andarse con escrúpulos, después de haberle cargado el mochuelo! ¿Que venía un oficial ó un jefe de ronda? Le recibiría borracho: él tendría suficiente firmeza para ponerse como un poste algunos segundos y expedita la lengua para darle la novedad: ¡como que ya estaba avezado á semejantes peligros!

Pero quiso la mala estrella de Napoleón que le tocara de jefe de día el comandante Obús, como él le llamaba, un señorón finchado, tipo grotesco, ordenancista á macha martillo, gran bebedor de ginebra (en lo cual daba codillo al propio Napoleón, aunque no se embriagaba como él) y de un genio tan áspero y quisquilloso, que hacía temblar á todo el regimiento sólo con presentarse á su vista; á todo el mundo menos al cabo Napoleón, que no temblaba, aunque le pusieran un dogal al cuello, como él sostenía enfáticamente.

A este comandante, pues, se le ocurrió penetrar, con el estrépito propio del mote que llevaba, en la

Tercena, á la caída de la tarde y cuando la luz fluctuaba en el horizonte... La guardia formó apresuradamente, y uno de los soldados se aventuró á murmurar al jefe, con la voz miedosa y turbada, que no había novedad.

—¿Cómo que no hay novedad? — gritó duramente el comandante—¿pues y el cabo?

El cabo dormía aún á pierna suelta y con la tranquilidad de un justo; se le despertó y se le previno de la visita de Obús.

—Obús—exclamó el cabo desperezándose y forcejeando con su modorra, — Obús, ¡voto á mil demonios!... y salió dando traspiés; y cuadrándose, y terciando el fusil, y haciendo por mantenerse en pie, repitió la frase sacramental con cierto gracioso tartamudeo:

—No hay novedad, mi comandante.

El comandante era pronto como duro de genio, y arrebatado de él, alzó el bastón de mando y lo sacudió en las espaldas de su inferior, gritándole:

—¿Cómo así, canalla borracho?

Napoleón dió un salto atrás como una pantera herida, y viéndose maltratado é insultado con la grave circunstancia de hallarse en funciones del servicio, de representar, de ser la efigie del Rey (como él decía), y por tanto, en plenitud de uso de los fueros y prerrogativas que concede la ordenanza, exclamó con acento imponente y tonante, dirigiéndose á los soldados que presenciaban la escena sobrecogidos de espanto:

—Guardia, atención; guardia, firmes, apunten, armas... fuego!!

Tan imprevista fué la orden, y tan rápidamente ejecutada, que el comandante no tuvo tiempo de apartar ni de defender el cuerpo de aquel ataque irracional: vióse envuelto en densa humareda; el estrépito de la detonación asordó sus oídos, y vino al suelo pesadamente y privado de sentido. Después se vió que la descarga no le produjo más molestia que una herida en el tobillo izquierdo, causada sin duda por la carabina del cabo, gracias á que la borrachera le tenía alterado y desigual el pulso, pues los soldados tuvieron el buen acierto de apuntar por encima de la cabeza del jefe.

Algunas semanas más tarde el comandante Obús salía arrestado á un castillo, y el cabo Napoleón á extinguir una condena de tres años en la prisión militar de las Cuatro Torres.

J. F. LUJÁN.

### Los ojos negros

De unos negros esclavo  
(que son tus ojos),  
no hallo en ninguna parte  
paz ni reposo.

Doquier me encuentro  
estoy siempre mirando  
los ojos negros.

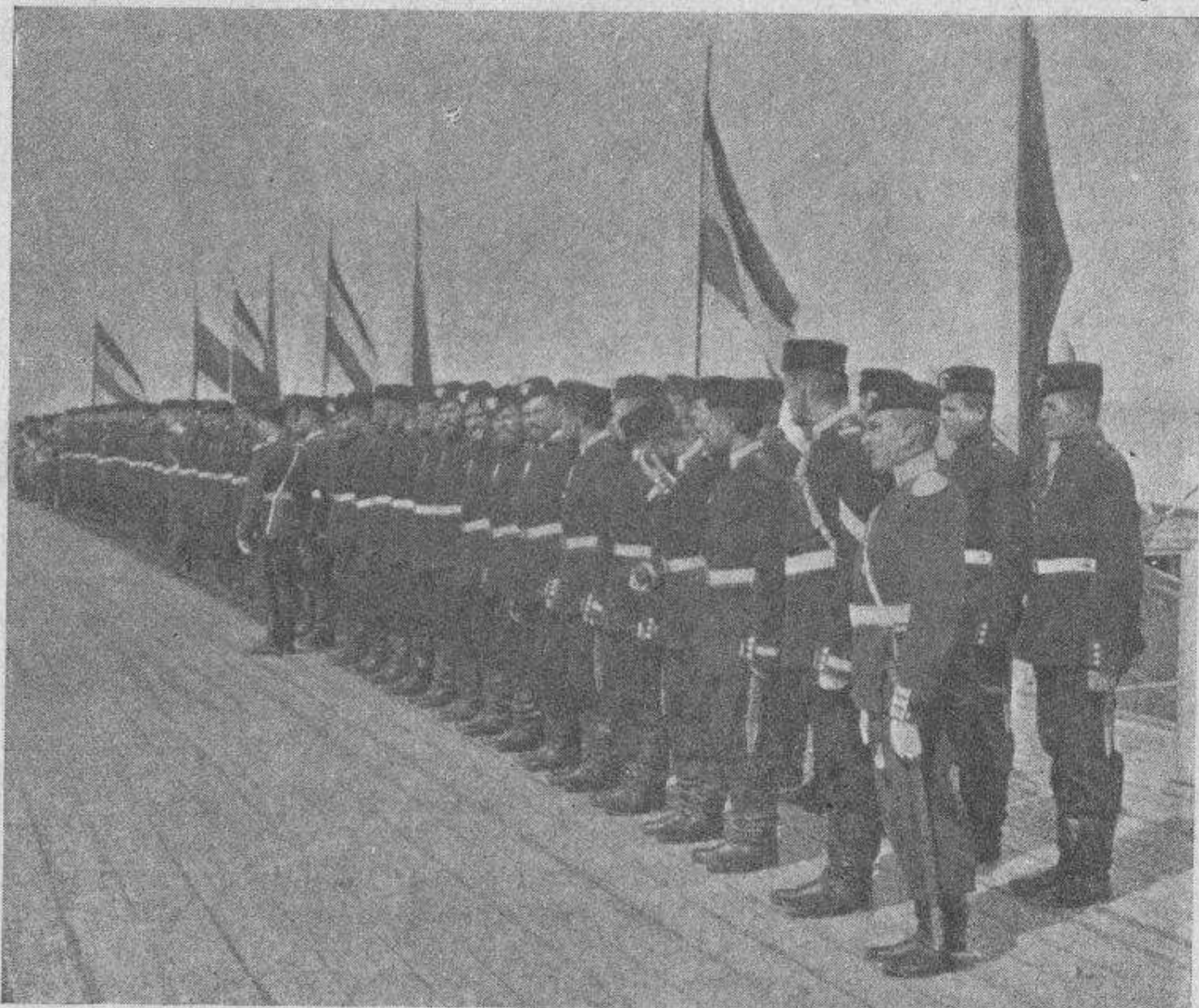
Si me miran airados,  
quedo vencido;  
si me miran alegres,  
pierdo el sentido.

Dulces ó fieros,  
me matan con mirarme  
los ojos negros.

Aunque es su tiranía  
un mal muy fuerte,  
el romper mis cadenas  
fuera mi muerte.

¡Ay, ojos negros,  
también sois de mi alma  
vosotros dueños!

NARCISO S. SERRA.



La Guardia Imperial rusa, en revista





— ¡ Al puente, que ataca el enemigo !



## Sátiras y azotes

Habrás visto ondular la ola en el mar, en tiempo cuasi de bonanza, no cuando el mar se *revuelve* airado. Y si no es así, á los marinos con Rueda. — ¡ Como que ese señor, dirán ellos, debe de fingirse las tempestades desde la cama ! Y aún no es lo más chusco que calumnie, poéticamente, la idea de ondulación, pero que confunda con la impericia de un principiante los movimientos de la muchedumbre en similares inútiles. — « Entre la gente que ondula — con olas de mar revuelto... » ¿ Por qué *con* ? Ni siquiera por la dura ley de la *contabilidad* métrica. Pero adviértase que así como en mar revuelto no ondulan olas, la gente no va *con* olas sinó cuando naufraga, y no creo que les deje tiempo para ondular el ahogo. Rueda es quien no se ahoga tan fácilmente, considerando que ya hizo célebre cierto tren andaluz, el cual tren pasa por ojo á las montañas ó *se las sorbe*.

Donde ustedes no aplican las extremidades, él ata fuegos :

« En las puntas de los postes — están atados los fuegos » —

Las salamandras, que no entienden de prosodia ni de *puritanismo*, no se atreverían á tanto. ¡ Atar fue-

gos ! Perdoneme el asonante (que es poderoso y hasta fuerza mayor en los malos poetas), pero ni con el hilo de Ariadna, que no nos serviría gran cosa para andar con provecho en el laberinto de la dicción de Rueda, consiguiéramos los simples mortales tal maravilla. El pirotécnico ató cohetes, y no en las puntas; pero el romance ó la solfa no están en *e, e*, y además por algo el poeta es poeta y no pirotécnico : para ver las cosas diferentemente á



como son. ¿ Poeta dije ? Colorista y muy colorista, pontífice celebrado ó dignidad así, que se las ha con las palabras y las maneja en forma de rayos luminosos. ¿ Qué más ? Hasta en lo negro hace él prodigios :

— « De la viviente pintura — en el fondo casi negro... »

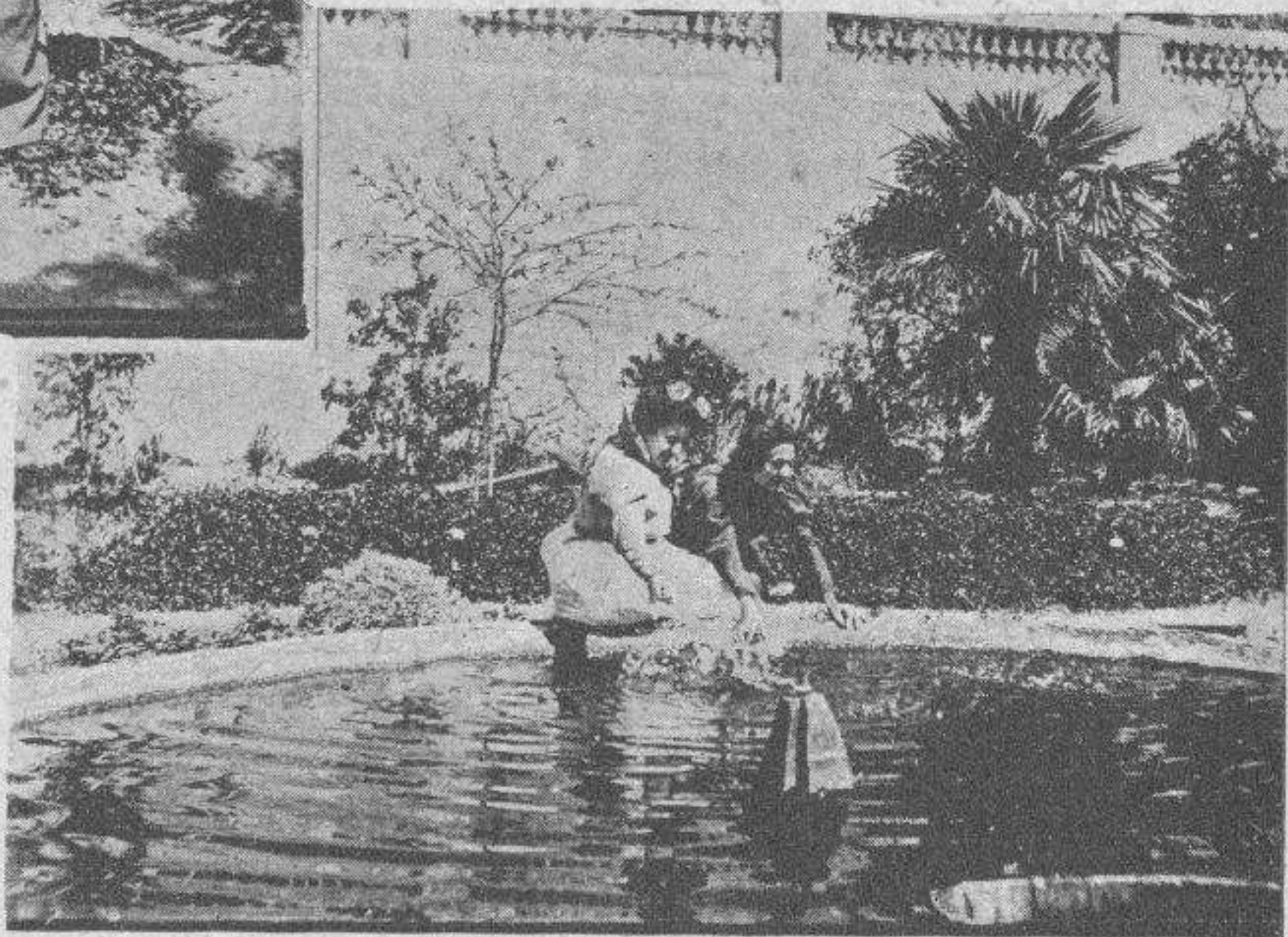
Que es como si viéramos alumbrar el sol de noche (aunque negra, negra... no lo es la noche tampoco). Los pintores son más modestos y humildes que Rueda, y buscan la luz. En un fondo negro ó cuasi negro se hacen cuadros disolventes, sombras chinescas... y fuegos atados á las puntas de los postes. ¡ Aun como tuvo que llenar sílabas y lo dejó en el cuasi ! Lo de viviente no fué dicho á humo de pajas : estamos en plena coloración : « en la sombra se dibuja — una *flamenca* del pueblo — » (él subraya un vocablo, pero yo subrayaría toda la frase) « con un peinado en que oscilan — unos claveles bermejos... » No digo claveles bermejos en peinado de flamenca, sinó que dibujándose tanta gracia y travesura en la sombra, y la sombra en el fondo cuasi obscuro, hasta las babuchas de Mahomet pueden verse á poco que se tenga voluntad.

El color les sorbe el seso ; es una especie de borrachera para los del colorismo ; maréales, y si se juntan los inconvenientes de escribir rayas cortas, entonces *estalla* el clamor y el aplauso *estalla*, y *estallan* y recrujen las ruedas y *va subiendo con fragor* el cohete (además de cohete, senda de luz, surtidor de oro, serpiente rojiza, que rasga el viento, que truena, que dispara gusarapos, que rasga el firmamento ancho, y así por el estilo), y arden las pupilas... y arde Troya. ¿ No ha de arder, si sube un cohete y deja una estrella fija que se sostiene en el *viento*, ya *rasgado* por otro cohete ? Fortuna que á la postre, ó por fin, como dice el vate, va un estampido *tremendo* y apaga la hoguera. Que es resalado modo de convertir el estampido en bombero de fuegos artificiales.

¿ Los espectadores qué han de hacer teniendo delante cosas nunca tan disparatadas ? Lo siguiente : — « sobre los pies empinarse — es el primer movimiento — y extender al aire toda — la longitud del pescuezo. »

Coplas que no son de romance de ciego... ni de Calainos, sinó coplas de Rueda, y conste que no me entretuve en buscar con pinzas, pues los... los... ¿ cómo lo diré ?... los desaguizados son tantos, que cuanto más se mira la producción parece que se reproducen... y más saltan á la vista... de la inteligencia.

TIRON.





### Moléculas

Afirma mi tío Pío  
que el beso es mortal pecado.  
¡Se conoce que mi tío  
Pío jamás ha besado!

Nunca probé cosa tal.  
Más dulce aún que la miel  
encontré yo el beso aquel  
que me diste en tu portal.

Desde el mes de Marzo  
hasta el de Diciembre,  
hay, según cuento y recuento, tan sólo  
cabales, diez meses.

Porque yo un beso la dí  
por sorpresa se ofendió.  
¡Juro no ofenderme yo  
si ella me sorprende así!

Si el uno te dice, Pura,  
que eres pura, riete,  
pues yo conozco por qué  
te va á decir pura el cura.

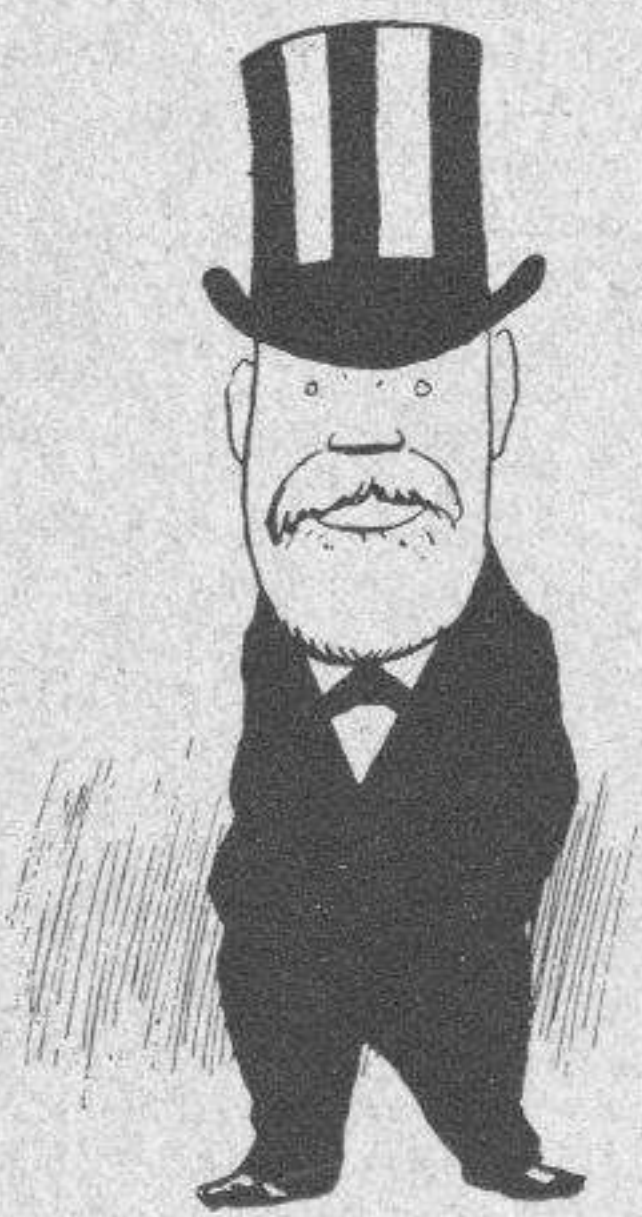
Te robé un día un beso: fué un exceso  
que tú no has perdonado.  
¿Quieres que te devuelva lo robado?  
¡Pues ahí va el beso!

JUAN BOSCH.

### UN POLÍTICO DE CAFÉ, POR XAUDARÓ



— Yo arreglaría fácilmente lo de la guerra.



— Supongamos que me dan plenos poderes...



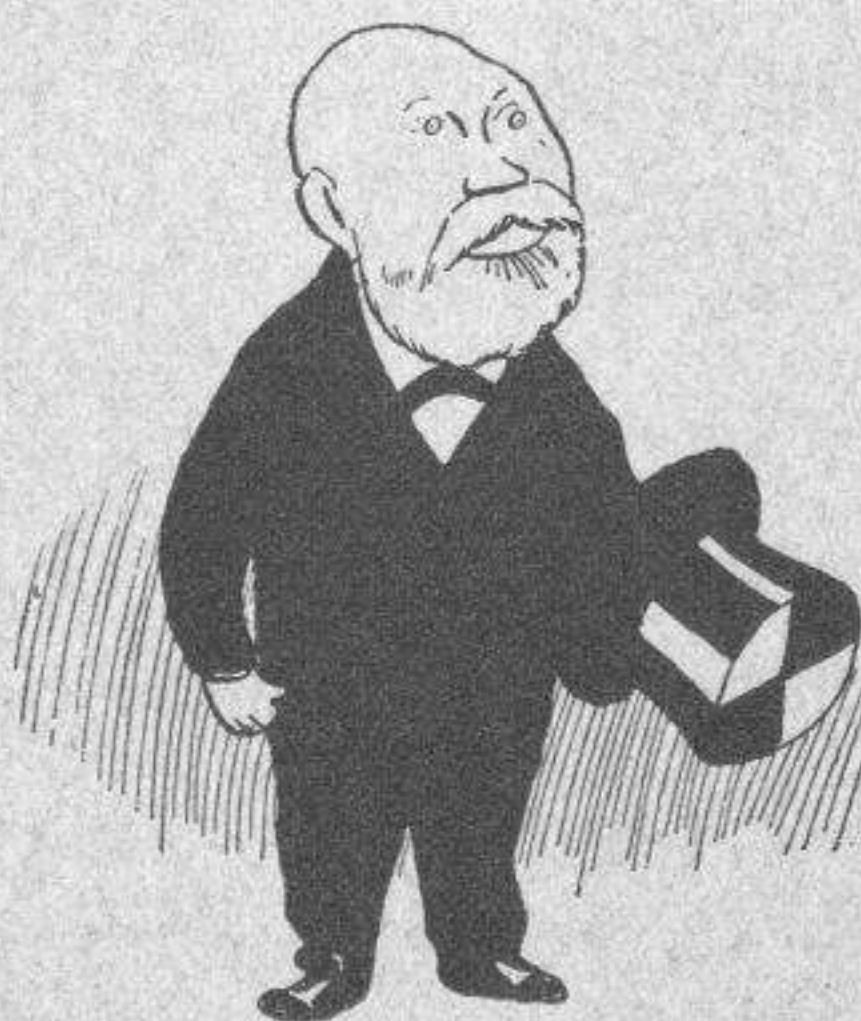
— Me dirijo al jefe...



— Guardándome de Moret...



— Saludo cortesmente y le digo...



— Lo que debe usted hacer es, primero: dimitir. Segundo...



— ¡Camará, si llevo al tercer punto del plan, me fusila!





Con profunda pena me he enterado del fallecimiento de mi querido amigo D. Francisco J. Bonet. Era un periodista joven, muy joven y de grandes alientos; uno de esos caracteres nobles y enteros que honran la profesión y cuya pérdida es en extremo sensible, por las energías que se lleva consigo y que son de las poderosas para mover la palanca del progreso en servicio de la Humanidad.

Damos nuestro más sentido pésame á la familia.

—♦—

—¿Qué haces, chiquilla?  
 —Estoy dando colorete á esta muñeca, papá.  
 —¿Con qué?  
 —Con ron.  
 —¡Con ron! Pero, niña, ¿cómo quieres que con el ron se ponga encarnada tu muñeca?  
 —¿Por qué no? ¿No dice mamá que el ron te ha puesto á tí la nariz encarnada?

—♦—

—Anoche ví en el teatro de la Zarzuela al marqués del Vinagrillo.  
 —Hombre, pues yo no le ví.  
 —Es que estaba en la galería baja con una señora.  
 —¡Su querida!  
 —Lo ignoro. El parecía estar aburrido.  
 —Entonces era su mujer.

—♦—

—¿Me amas?  
 —Con locura.  
 —Ahí tienes una onza para lo que quieras comprar.  
 —A ver la onza. ¡Calle! ¡Es falsa!  
 —¿Ves cómo no me amas? ¡El verdadero amor es ciego!

—♦—

—Pero, D. Telesforo, ¿no sabe V. que el café debe tomarse en seguidita que se come?  
 —Sí, señor.  
 —¿Y por qué no lo toma V. en su casa?  
 —Porque si lo tomara allí querrían también tomarlo mi mujer y mis hijos.  
 —Nada más justo.  
 —¡Ah! No, señor; yo soy muy económico.

—♦—

Habiendo sido detenido un hombre por maltratar á otro que le había injuriado, le tomaba el juez la correspondiente declaración.  
 —Refiera V., le decía, cómo ocurrió el caso.  
 —Pues iba yo por la calle y me dijo lo que voy á repetir, señor juez: es V. un imbécil.  
 —Acusado, dirijase V. al escribano.

—♦—

En el ferrocarril:  
 —Señorita, ¿le incomoda á V. el humo?  
 —Un poco.  
 —A mí, nada. ¡Lo que es estar acostumbrado!

—♦—

Pusieron á un soldado andaluz de centinela en un puente, con esta consigna:

—No deje V. pasar á nadie por aquí, á no ser que pase Dios, para dar auxilios espirituales á los moribundos.

—Está bien, dijo el andaluz.

Se terció el fusil y se puso á pasear.

A poco rato se presentó un sacerdote con las insignias y el Viático, y le dejó pasar, murmurando:

—¡Uno!

Pasó otro, y dijo el centinela:

—¡Dos!

Pasó el tercero, y sucedió lo mismo. Pero vino el cuarto, y entonces el andaluz se plantó.

—¡No paza naide más!—exclamó. Ya pasó el Padre, pasó el Hijo y pasó el Espíritu Santo. No hay más que tres dioses; ¡con que atraz, paisano!

—♦—

—¿Y mi carta?

—Ya la eché

En el buzón del estanco.

—¿Y no viste que iba en blanco

El sobre, imbécil?

—Sí á te;

Mas creí, Dios me dé vida,

Que iba de aquella manera,

Para que nadie supiera

A quién iba dirigida.

—♦—

Hace tres ó cuatro años que varios estudiantes de medicina, alumnos internos de un hospital, se entretenían en ir de cama en cama examinando los cráneos, brazos, costillas, etc., de los enfermos.

—Este es bueno, decían; este servirá.

—¡Oh, bien!

—Este es demasiado pequeño y de mala conformación; mira, si no, este omoplato; pero después de todo quizá pueda servir.

Algo amostazado un enfermo, se dirigió á uno de los alumnos y le preguntó cuál era el objeto de aquel examen.

—No haga V. caso, respondió el estudiante. Estos señores son médicos que necesitan esqueletos, y vienen á escogerlos con anticipación.

—♦—

Un comerciante anunció en los periódicos que necesitaba un joven honrado «que estuviera en su escritorio de trece á catorce horas, dirigiéndose para obtener este empleo á D...»

Al día siguiente se presentó en casa del comerciante un joven solicitando la plaza anunciada.

—¿Cree V., le preguntó el comerciante, que podrá estar encerrado tanto tiempo?

—¡Oh! sí, señor; contestó el joven con inocente sonrisa. Creo que podré hacerlo, porque he estado siete años sin salir del presidio de Alcalá.

—♦—

—¿Qué diferencia hay entre la coqueta y la que no lo es?



—La que no es coqueta tiene corazón, y la coqueta una caja de fósforos.  
 —Hombre, entonces la coqueta tendrá más fuego.  
 —Justamente, para cien fumadores.

—◆—  
 Cayó un avariento al mar,  
 Y un mendigo que pasó,  
 Como en trance tal le vió,  
 Queriendo al triste salvar,  
 Compasivo al mar se echó.  
 Y al verle tender la mano  
 Con ademán tan resuelto,  
 El avariento inhumano  
 Exclamó:—No llevo suelto;  
 Perdone por Dios, hermano.

—◆—  
**Logogrifo numérico**

1	2	3	4	5	6	7	8	9	Nombre de varón
4	2	3	9	6	7	8	9	»	mujer
4	5	6	7	2	8	9	»	varón	
3	2	1	9	8	2	»	mujer		
1	2	3	7	9	»	varón			
6	5	9	8	»	varón				
2	8	2	»	mujer					
6	2	Nota musical							
8	Consonante								

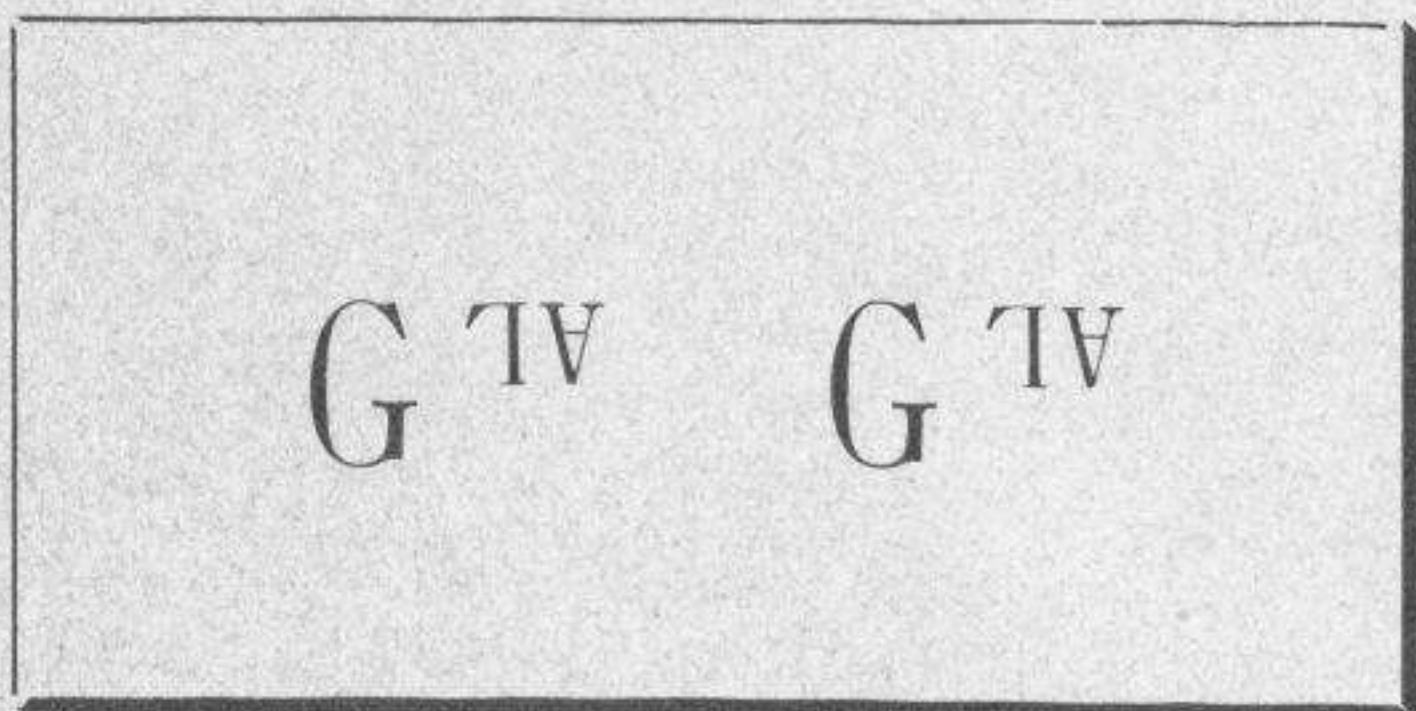
VICENTE M. FUSTÉ.

—◆—  
**Charada**

Al segunda repetida  
 que vive en el principal  
 de la casa donde habito,  
 un prima tres, al casar,  
 le regaló dos vestidos  
 y un prima doble, además  
 de un hermosísimo todo  
 que es superior ejemplar.

MORENO.

—◆—  
**Jeroglífico comprimido**



J. P. CILLO.

**Jeroglífico**

LA VOLADURA DEL «MAINE»

NATURAL

K-MILO.

—◆—  
 Soluciones á los pasatiempos del número anterior:  
 CHARADAS: Camisa.—Tudela.  
 JEROGLÍFICO: El buen árbol, da buen fruto.  
 JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Cantero.

**Correspondencia**

M. A. — Madrid. — Lo que yo quise decir, amigo mio, es que procurase usted hacerlo lo mejor posible; empujando todas sus fuerzas y su voluntad en complacerme. Y esto, por que trabajando, trabajando, obtendrá usted el éxito que le deseo. Cuide mucho la frase, la limpieza y la propiedad del vocablo, la combinación gradual de las palabras para los tonos; rehuya las asonancias y consonancias, y así, poco á poco, adquirirá usted un estilo vigoroso, y que según he visto, fácilmente puede ser bello. No le dé á usted cuidado darle muchas vueltas al diccionario, aun corriendo el riesgo de que las puntas de las hojas se le queden algo grasientas; es ejercicio útil y saludable. Además, elévese usted en la elección de asuntos: muy bien me parecen las agudezas y los dichos picarescos, pero sin rayar en la chocarrería. Este artículo que le publicaré, me gusta más que el primero. Y por hoy, basta con lo dicho.

*Golpe y repique.* — Barcelona. — Ni el golpe siquiera. Parece que le tiembla á usted el pulso.

*Don Bosco.* — Vitoria. — Muchas incorrecciones. Los sáficos, por lo mismo que son versos libres, han de obedecer imperiosamente á todas las condiciones rítmicas.

L. D. N. — Almería. — ¿Usted juraría por lo más sagrado que nebulosa puede ser consonante de calabaza? ¡Un pepino!

M. T. G. — Oviedo. — También usted es de los que merecen que se les trate con benevolencia. Ahí vá:

« Los hombres son unos pillos  
 tan tremendos  
 que bajan y suben raudos  
 por los cerros  
 de Ubeda, en cuanto  
 divisan un perro... »

No le publico entera la composición, á fin de que la mande usted á un maestro y la convierta en bailable. Esos versos se deben dar con música de Chueca.

*Baroncito.* — Abro el paraguas:  
 Diluviaba, Celia y yo  
 subimos á un coche,  
 y suerte que brilló la luna  
 porque era de noche.

¿Obscuro, con luna, en coche y diluviando? ¡Qué cacumen, querido! ¡Pero no abuse, porque se le va á secar la mollera!

Sigue:  
 Un centinela dió el alto  
 y apretó á correr el áuriga  
 y sonó un tiro...

¡Ay! La bala me ha agujereado el paraguas; ya no puedo resistir el aguacero.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba  
 las inyecciones. Cura los flujos en

**48 HORAS**

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga:  
 Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

**LA SAETA**

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia  
 al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

—\* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN \*

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año . . . . . 11 »

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado



# AUTORES CÉLEBRES

El dueño de los kioscos **EL SOL** (Rambla del Centro, frente al Liceo y Rambla de las Flores, frente á la Puertaferri) ha realizado una combinación con el editor de la biblioteca de **AUTORES CÉLEBRES** que le permite regalar á sus favorecedores á cambio de 30 CUPONES por cada volumen, que vale **Una peseta**, las obras que forman dicha Biblioteca y son hasta el día las siguientes:

## OBRAS PUBLICADAS

De Ponson du Terrail . . . . .	<b>La Viuda de Sologne</b> . . . . .	1 tomo
De » » . . . . .	<b>Odio de Raza</b> . . . . .	1 tomo
De Paul Feval . . . . .	<b>La Daga misteriosa</b> . . . . .	1 tomo
De » » . . . . .	<b>Los Fanfarrones del Rey</b> . . . . .	2 tomos
De E. Poé . . . . .	<b>Un crimen misterioso</b> . . . . .	1 tomo
De Alfonso Karr . . . . .	<b>Una historia terrible</b> . . . . .	2 tomos
De Ereckman Chatrian . . . . .	<b>La Posada de los tres ahorcados</b> . . . . .	1 tomo
De Octavio Feuillet . . . . .	<b>Novela de un Joven pobre</b> . . . . .	1 tomo
De Dickens . . . . .	<b>Las luchas de la vida</b> . . . . .	1 tomo

Se publicará al menos un tomo mensual. — Precio en venta en ambos kioscos, 20 cénts. tomo

## EN PRENSA

De Paul Feval . . . . .	<b>La morada misteriosa</b> . . . . .	1 tomo
De Ponson du Terrail . . . . .	<b>Remordimiento</b> . . . . .	1 tomo

NOTAS. — Á todo el que desee adquirir dichas obras, remitiendo el importe en libranzas del giro mutuo ó valores de fácil cobro al representante Joaquín Vila, kiosco **EL SOL**, Barcelona, las recibirá á vuelta de correo franco de portes.

No respondemos de los extravíos no remitiendo 25 céntimos para el certificado.  
A los corresponsales se les harán descuentos condicionales al fijar el pedido.

En los mismos kioscos se vende la

## Guía de Calles, Plazas y Paseos de Barcelona con la agregación

con indicación de las entradas y salidas y distritos á que pertenecen

**PRECIO: 15 CÉNTIMOS**

## CUPON PRIMA

Regalo á los compradores  
— de **LA SAETA** —

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

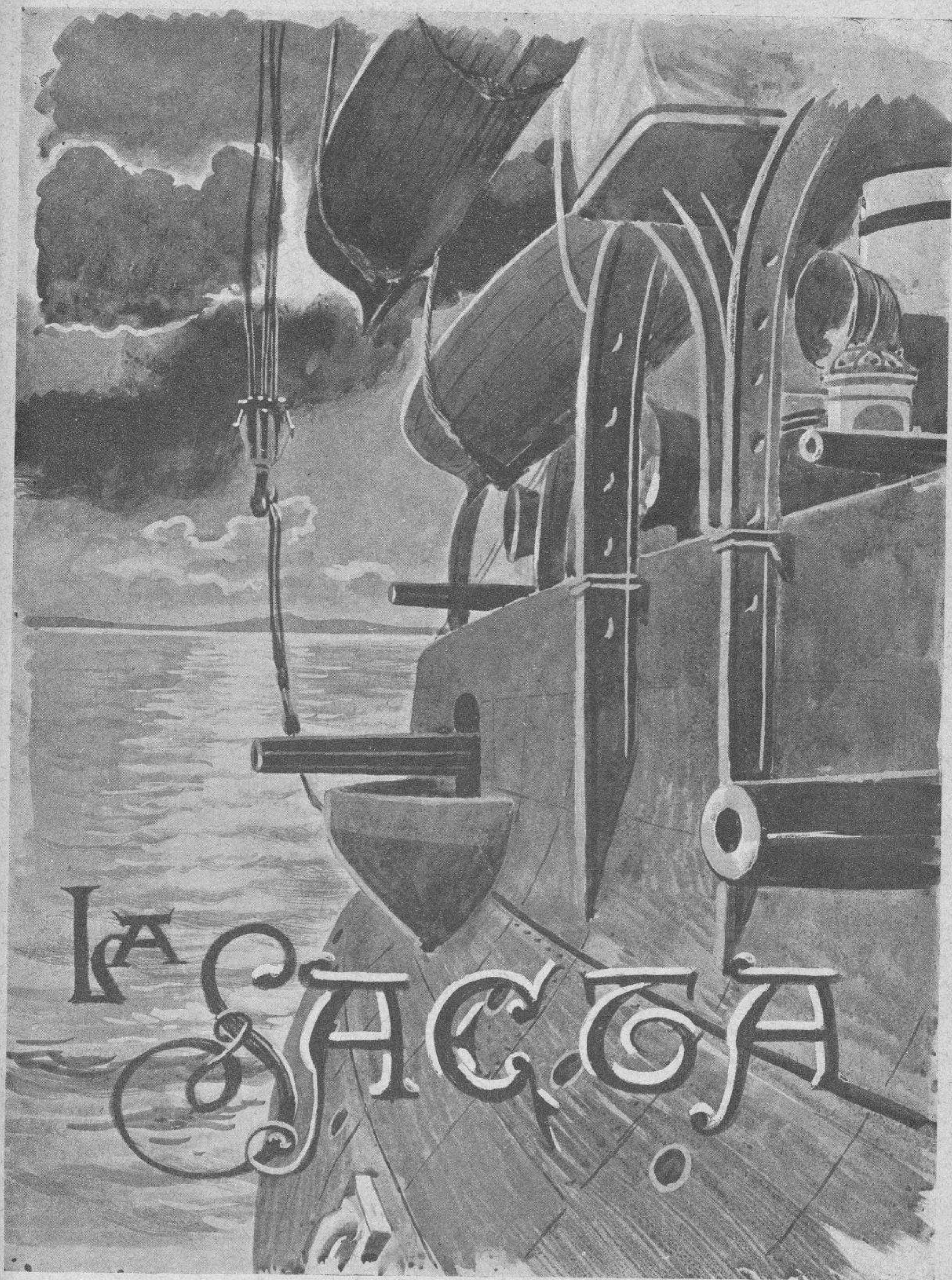
### CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuído á cimentar la fama de su autor.  
Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

### EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.  
Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA**  
**ó EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**





20 cénts.

Núm. 396



